

BLOQUE DE NOTAS

# En el país de la infancia perdida

La suiza Verena Stössinger cuenta en «Los árboles no huyen» una hermosa y triste historia de desarraigo extraída de la última memoria alemana de la guerra

Luis M. Alonso

Expulsado de Prusia oriental a la RDA en 1947 siendo un niño, igual que tantos otros alemanes al acabar la Segunda Guerra Mundial, a un anciano le cuesta hallar su antiguo hogar en Königsberg, cuando emprende el viaje de regreso cinco décadas después acompañado de su esposa. Para ella son simplemente unas vacaciones, él mantiene en la cabeza la idea obsesiva del reencuentro con un pasado borroso. Tenía trece años cuando se produjo el gran desalojo. La guerra lo ha dejado sin familia. Solo conserva cuatro fotografías. Viaja con la idea de que todo vuelva a salir a la luz y poder tener la oportunidad de acariciarlo de nuevo. Tras una búsqueda agotadora, finalmente encuentra la vieja casa gracias al abeto delator del jardín. «Los árboles no huyen», como reza en el título del libro. Por el contrario, existen los seres desarraigados y trasplantados de lugar, sin importar cuán profundas son sus raíces.

Mientras tanto, el abeto permanece allí donde estaba. Para el que retorna significa un ancla de la memoria a la que se pueden unir imágenes y experiencias. La tarea, a menudo ardua, requiere además paciencia, como explica Verena Stössinger, la autora de

esta novela que acaba de publicar Periférica. Los primeros recuerdos espontáneos se van convirtiendo poco a poco en imágenes fragmentadas del pasado en la que la huida, el hambre, la muerte de su hermano y su madre pasan cada vez más a un primer plano. Se puede adivinar y sentir, pero sin poseer ninguna certeza. Surgen multitud de nuevas preguntas para las que ya no hay respuesta. Cabe también interrogarse a uno mismo: ¿tantos espacios en blanco son únicamente lagunas de la memoria?

La profesora y periodista suiza Verena Stössinger (Lucerna, 1951) acierta a interpretar la infancia en el lenguaje de su novela. Con cautelosa ternura, la autora de «Los árboles no huyen» describe un viaje al país de una infancia perdida, siguiendo a una pareja desigual pero profundamente devota en la búsqueda de la niñez. Las oraciones incompletas, a las que a veces les falta un sujeto o un verbo, imprimen una sensación vacilante que ocasionalmente, y sin que nadie lo espere, deriva en una descripción ingeniosa para luego apagarse: la fórmula estilística es la adecuada de principio a fin de la escritura. Igual que errático resulta el camino. De la oscuridad del olvido y de la represión brotan imágenes irregulares que se condensan en pequeñas corazonadas y en sentimientos palpables. Las palabras se traducen en un testimonio armonioso del recuerdo, en el que la separación entre el olvido aquí y la autocensura allá se va desvaneciendo suavemente. Cuantos más contornos se vislumbran, más alargadas se vuelven las sombras. La historia avanza de modo precavido hacia la duda cardinal que se hace cada vez más urgente: ¿quién era realmente el padre?, ¿por qué se le permitió a la familia quedarse en una colonia de villas reservada para miembros y oficiales del Partido Nazi después de su temprana muerte? Si no hay respuestas, habrá que inventarlas. La sombra de la duda no deja de crecer al mismo tiempo que se desdibuja la frontera entre lo que se ha olvidado y aquello que se prefiere callar.

¿Te acuerdas de entonces? ¿Hasta donde queremos saber?, estas son las preguntas que invita a hacerse el relato en todo momento. Su aspiración, en último caso, más que responderlas, es mantener la incógnita del desarraigo frente a lo que busca queriendo encontrarlo y a la vez lo que realmente le detiene. «Dice que verdaderamente no recuerda nada relacionado con la actividad del aeródromo, no se acuerda de ninguna visita a la base aérea ni de los aviones planeadores que despegaban incluso de noche con los focos, pues en aquel entonces los aviones, las marcas o sus diferentes tipos le interesaban muy poco, lo mismo que hoy en día. Acto seguido, cuando Ulrich Lörzer vuelve a contar que el planeador militar Gigant sobrevolaba su casa, él comenta: «Por nuestra casa volaban las cigüeñas».



## Los árboles no huyen

Verena Stössinger

Traducción de Jorge Seca

Periférica, 2024, 248 páginas  
19,50 euros



# Cultura.

TINTA FRESCA

# La partitura que nos ilumina

Antonio Iturbe narra en «Música en la oscuridad» un gran relato de superación gracias a la cultura

Tino Perterra

¿Cómo es posible que un rudo campesino llegase a aprender a tocar un instrumento tan refinado como el saxofón? ¿Cómo es posible que de sus dedos encallecidos de esquejar remolacha y sus manos orinadas para aliviar la piel agrietada emergiera la delicadeza de la música? La historia que compone Antonio Iturbe en «Música en la oscuridad» inicia su partitura en el invierno de 1930, cuando llegan Mariano y su mujer Joaquina a un barrio rural. Él es un sastre contratado para llevar la banda municipal de la localidad, formada en su mayor parte por campesinos sin formación. Todo está en contra, la sastretería que abre no va bien y la esposa debe trabajar en un horno de pan y vendiendo bocadillos. Mariano logra ganarse la confianza de sus músicos convirtiendo la música en una vía de crecimiento personal y colectivo. A ese planteamiento de superación gracias a la cultura se incorpora un elemento fantástico de la mano de una curandera («la bruja»), que quiere echar a Mariano y su esposa de la comunidad. La pugna entre razón y magia se desarrolla entre las sombras de una guerra que parece inevitable.

Al autor de «La biblioteca de Auschwitz» (2012), otro ejemplo del combate entre razón, cultura y coraje frente al odio, la ignorancia y la brutalidad, le animaron para escribir su obra «esas preguntas que no hicimos a tiempo, ese afán que tenemos de rellenar los huecos. La necesidad de entender cómo es posible que mi abuelo, un campesino pobre que fue al colegio apenas dos o tres años, fue capaz de aprender a tocar el saxofón. Y un paso más: entender de qué está hecha la música, que es capaz de entremetarse entre las grietas de las manos de un hombre de campo como mi abuelo».

Los lectores «se encontrarán con un personaje modesto, un sastre de poca monta que llega a un pueblo pobretón con sus bobinas de tela, sus ideas de republicanismo socialista y su clarinete. Lo han contratado para hacerse cargo de la banda, pero lo que se encuentra es a un montón de mendrugos como mi abuelo, unos caciques que tienen la sartén por el mango y a la que te desciudas te dan un sartén y una curandera a la que llaman la bruja que quiere echarlo del pueblo. No lo tiene fácil, pero es un músico. Y los músicos son soñadores. Me gustaría que les provocara esa mezcla de ternura y asombro que me despierta esa lucha contra lo imposible». El obstáculo mayor «siempre es la falta de inspiración. Ese cubo que echas al fondo de un pozo esperando que suba con agua pero casi siempre regresa vacío. La dificultad siempre es ser capaz de alcanzar ese momento de revelación en que los dedos van más deprisa que tu cabeza, cuando no te acuerdas de la estructura ni de nada, cuando todo fluye y se conecta. Tal vez yo soy muy lento escribiendo, un libro cada tres o cuatro años, porque ese rayo verde se da raramente, pero no pierdo la esperanza de que aparezca».



## Música en la oscuridad

Antonio Iturbe

Seix Barral, 416 páginas  
20,90 euros\*